

Entre omisión y determinismo: la crisis climática en la violencia del siglo XXI

Between omission and determinism: the climate crisis in 21st century violence

Álvaro Ramón Sánchez, Universidad Complutense de Madrid, alramon@ucm.es, autor principal/único. Graduado en Derecho y en Ciencias Políticas y máster en Teoría Política y Cultura Democrática por la Universidad Complutense de Madrid, actualmente cursando el Programa de Doctorado en Ciencias Políticas y de la Administración y Relaciones Internacionales en la misma universidad.

Resumen

A lo largo de la historia han existido dos tendencias enfrentadas al interpretar la relación entre el medio ambiente y las sociedades humanas: como esferas independientes o como un determinismo de la naturaleza. Las ciencias sociales han avanzado mucho respecto a las explicaciones de las causas y condiciones de la violencia, destacando el triángulo de Johan Galtung. La crisis climática constituye un cambio cualitativo en la implicación humana en la naturaleza, pues las previsibles carencias materiales añaden presión a la violencia estructural existente, pudiendo también desencadenar formas de violencia directa. En esta comunicación, se rastrean los diferentes enfoques que están surgiendo acerca de la relación entre crisis climática y violencia colectiva, la mayoría de los cuales convergen en considerar a la primera un factor importante, aunque no exclusivo o determinante. El reconocimiento de la influencia de la crisis climática en los conflictos sociales tiene implicaciones obvias en el nivel de la experiencia humana, pero también en la escala nacional a través de las demandas ciudadanas a los Estados para proporcionar bienestar y seguridad, y también en el ámbito global en un marco de relaciones centro-periferia. Solo a través de su estudio se puede avanzar en las posibilidades de alcanzar la paz, no solo negativa sino también positiva.

Palabras clave: violencia, crisis climática, determinismo, geografía política, paz positiva.

INTRODUCCIÓN

La relación entre la humanidad y el medio ambiente ha sido objeto de profundos debates. A lo largo de la historia, la interpretación del grado de influencia de la naturaleza en las sociedades humanas ha oscilado entre dos tendencias principales enfrentadas. Por un lado, una postura mayoritaria que las ha concebido como dos esferas independientes, por lo que desde las ciencias sociales resultaba razonable ignorar los elementos naturales. Por otro lado, una visión minoritaria pero también relevante que ha considerado que se trataba de un factor determinante, hasta el punto de condicionar toda la trayectoria de la humanidad así como cualquier diferencia entre comunidades. Actualmente, existe un creciente número de análisis en los que se explora esta cuestión, y la mayoría de autores se sitúan en algún punto intermedio, aunque siguen quedando reminiscencias tanto de la omisión como del determinismo de la naturaleza, además de numerosas cuestiones por resolver para aspirar a un cierto consenso en la materia.

La perspectiva tomada a este respecto es muy importante en una gran diversidad de disciplinas como la geografía, la historia, la economía, la sociología o la ciencia política, que no pueden obviar la existencia de su objeto de estudio “social” en un mundo “natural”. Cualquier análisis que trate de incorporar de alguna manera una mirada interdisciplinar debe posicionarse sobre este asunto. No obstante, con el nivel de aceptación científico y social del calentamiento global y otras alteraciones humanas en el planeta, el tema en el que las diferencias siguen siendo mayores es el de la interpretación de la violencia y la inestabilidad social, tanto entre Estados como en el interior de un mismo grupo humano.

Por ello, es esta comunicación se rastrean los distintos enfoques que están surgiendo en las últimas dos décadas acerca de la relación entre crisis climática y violencia colectiva. Se pretende realizar con ello una revisión sin ánimo de exhaustividad de la literatura académica que permita en cualquier caso enmarcar el debate de cara a los retos presentes y futuros. El interés por el tema está claramente en aumento, como revelan las discusiones en revistas como *Political Geography* (Salehyan, 2014), *Social Sciences* (Klepp y Fröhlich, 2020) o *Journal of Peace Research* (Von Uexkull y Buhaug, 2021), que le han dedicado números especiales. Sin embargo, no se conseguido por el momento constituir un campo de estudio cerrado, con una serie de normas compartidas, y existe un vacío de referencias sobre el asunto en castellano¹, dos motivos de peso para abordarlo en una comunicación.

Con este objetivo, el texto se divide en cuatro partes: en primer lugar, se presentan las visiones principales del debate general entre las dimensiones humana y natural en abstracto. A continuación, se elabora una concepción de la idea de violencia aplicable a las amenazas medioambientales del siglo XXI. A partir de ello, se enfrentan las corrientes empleadas en los estudios de caso recientes en los que se ha establecido o rechazado una influencia de la crisis climática en conflictos sociales de gravedad. Por último, se presentan las conclusiones con algunas implicaciones que las posiciones anteriores pueden tener.

¹ Solo se ha encontrado durante la elaboración de esta ponencia un artículo de interés entre las publicaciones españolas recientes, y está firmado por un autor angloparlante (Gordon, 2023).

EL DEBATE NATURALEZA-SOCIEDAD

Como se adelantaba en la introducción, la mayoría de investigaciones sociales no prestan atención al medio ambiente en el que la humanidad puede existir, desarrolla sus actividades y se reproduce. Durante mucho tiempo, esta omisión no llamaba la atención sino que parecía asumible porque no se percibía la intensidad de la influencia de la naturaleza en los individuos y sociedades. Siempre han existido estudios sobre los ecosistemas y climas en la Tierra, pero formaban parte de las conocidas como ciencias naturales, una división científica que dificultaba la consideración de los impactos sociales. Sin embargo, el conocimiento y la conciencia sobre el calentamiento global han obligado a difuminar estas barreras académicas, como se desarrollará en el apartado dedicado a los conflictos en el contexto de la crisis climática.

La ausencia anterior ha sido especialmente patente en la economía, donde la subdisciplina de la economía ecológica incorporó los límites del planeta y está ganando respeto frente a los paradigmas neoclásicos ante la evidencia de que lo económico no constituye una esfera independiente que pueda regirse solo por sus propias reglas (Raworth, 2018). Sin embargo, el olvido histórico de la naturaleza o su mención como factor exógeno de poca relevancia es extensible también a la mayoría de tradiciones y estudios desde la sociología, las relaciones internacionales o la geografía política, que también están tratando de superar esta deficiencia.

En sentido contrario, existe un pequeño número de pensadores que han concedido una suma importancia a las condiciones físicas, como el relieve y el clima, hasta el punto de condicionar el carácter de las comunidades. En ello destaca Montesquieu, que recurría a mediados del siglo XVIII al determinismo geográfico para explicar la supuesta superioridad intelectual y moral europea y justificar así su dominio imperialista del mundo (Cairo, 2013). Esta concepción formaba parte de lo que John Agnew (2005) caracterizó como la “era civilizatoria”, la primera de las tres que conforman según él la imaginación geopolítica moderna, y ha sido lógicamente objeto de denuncia desde visiones decoloniales.

En la misma línea, aunque con distinto propósito, Thomas Malthus advertía unas décadas después de que el crecimiento demográfico geométrico —exponencial— provocado por la mejora de las condiciones de vida de la Revolución Industrial supondría una presión insostenible para los alimentos, que solo podían aumentar aritméticamente, lo que conduciría inevitablemente a hambrunas masivas (Martínez Alier, 2011; Servigne y Stevens, 2020). Malthus ha sido reapropiado por diferentes corrientes, desde aquellas que lo consideran un visionario padre de la ecología hasta otras que lo ven como el inspirador del ecofascismo, aunque la mayoría sigue despreciándolo como consecuencia de los errores de neomalthusianos como la “bomba poblacional” del matrimonio Ehrlich (Tanuro, 2011; Bardi, 2022). De forma similar, autores como John Bellamy Foster (1999) o Kohei Saito (2022) han recuperado la última etapa de Karl Marx como un trabajo inacabado menos determinista en el que incorpora las relaciones entre la humanidad y la naturaleza a través del concepto de metabolismo. Tanto Malthus como Marx llegaron a conclusiones muy lógicas con la información de la que disponían, pero no podían prever avances tecnológicos como los fertilizantes nitrogenados o la resiliencia del capitalismo, por lo que su pensamiento no debe separarse de su momento histórico para hacer un juicio moral descontextualizado.

En la actualidad, el calentamiento global y otras distorsiones de la naturaleza de origen humano están incrementando la importancia de esta cuestión, pues la evidencia de los síntomas de una crisis climática está rebatiendo todos los argumentos negacionistas. Por su parte, la versión más elaborada del determinismo es la de algunos autores agrupados bajo la etiqueta de “colapsólogos” como Jared Diamond (2006), que establecen una relación de causalidad muy estrecha entre la capacidad de carga de la naturaleza y la viabilidad de reproducción de la sociedad. La colapsología ha sido estigmatizada como una corriente poco rigurosa, aunque no todos los trabajos elaborados en su seno extraen conclusiones precipitadas de una conveniente selección de colapsos de civilizaciones históricas, sino que algunos se basan en el estado presente del conocimiento científico desde un punto de vista multidisciplinar (Servigne y Stevens, 2020).

Frente a los déficits de los extremos anteriores, debe tenerse en cuenta en todo momento que la diferenciación entre naturaleza y sociedad es una creación abstracta, fruto de decisiones arbitrarias o intencionales para dominar al resto de seres vivos y, por lo tanto, no solo eurocéntrica sino también antropocentrista. En esta línea, autores como Jason Moore (2020) invitan a pensar las naturalezas humana y extrahumana como partes imbricadas e inseparables de una realidad dialéctica, lo que denomina “la trama de la vida”. Moore es el principal referente de la ecología-mundo, el paradigma que trata de enriquecer la teoría de los sistemas-mundo con la pertenencia y dependencia mutua socioambiental, por lo que supone una referencia imprescindible para cualquier análisis multidisciplinar crítico. Por ello, tanto su idea central de la búsqueda de naturaleza barata como las categorías de centro y periferia (Taylor y Flint, 2018) serán empleadas a lo largo del artículo.

No obstante, en el espectro de la ecología política existe una gran cantidad de posturas, con sus motivaciones e intereses que se reflejan en correlaciones de poder. El economista ambiental Joan Martínez Alier (2011) distingue tres corrientes principales del ambientalismo, en función de cómo conciben el medio ambiente, a las que denomina “culto a lo silvestre”, “evangelio de la ecoeficiencia” y “ecologismo de los pobres”. Salvo la primera, asociada a los ecologismos profundos, las demás ramas estudian cómo las alteraciones en la naturaleza extrahumana pueden afectar a los seres humanos, aunque empleen para ello concepciones totalmente antagónicas. Las dos primeras aparecen mayoritariamente en los países centrales, mientras que la tercera sería la propia de la periferia donde, pese a que muchos ciudadanos desconocen o no se preocupan por problemas globales como el calentamiento del planeta, están obligados a ser ecologistas porque sus modos de vida dependen directamente de la defensa del medio natural. No obstante, la misma discriminación sucede en países centrales, como demostró el sociólogo afroamericano Robert Bullard, quien acuñó el concepto de “justicia ambiental” para denunciar la insalubridad de los barrios racializados, convertidos en “zonas de sacrificio” de los residuos del conjunto de la comunidad (Bullard, 2001: 153-155 y 163-164).

La popularidad creciente de las cuestiones ecológicas está provocando que tanto proyectos revolucionarios como planes de las élites capitalistas traten de apropiarse del ambientalismo. Existen trabajos históricos que incluso retrotraen el nazismo a un proyecto ecofascista (Biehl y Staudenmaier, 2019), y lo cierto es que tanto el ecologismo como el antiecológismo ocupan hoy en día todo el espectro ideológico (Sacher, 2019). De hecho, es ya habitual ver el prefijo “eco-” seguido de casi cualquier corriente ideológica, como en ecosocialismo, ecofeminismo o ecocapitalismo; todo depende de la construcción discursiva que se elabore sobre las responsabilidades y posibles soluciones

de la crisis climática. Esto último es especialmente relevante a propósito de la acción climática, la respuesta política al calentamiento global, cuya mayor concreción práctica son las transiciones ecológicas nacionales. Decisiones como la apuesta por las fuentes de energía renovables buscan mitigar en lo posible los efectos negativos y adaptar a las sociedades para un planeta con un clima más inestable, pero pueden ser también fuentes de conflicto (Temper *et al.*, 2020), como se detallará más adelante.

PAZ Y VIOLENCIA EN EL SIGLO XXI

Al margen de los problemas para abordar con rigor la interrelación ecosocial, las ciencias sociales han avanzado mucho respecto a las explicaciones de las causas y condiciones de la violencia en términos generales, tanto entre Estados como en el interior de un mismo grupo humano. Las investigaciones sobre paz y conflictos tienen una larga tradición que se puede remontar muy atrás en el tiempo, y tuvieron un *boom* con la búsqueda de explicaciones a la barbarie de la Segunda Guerra Mundial. En ese momento, el foco se orientaba hacia la violencia directa, identificando agresores, ataques y víctimas de aquellos actos visibles y evidentes. La misma orientación recibían los trabajos dedicados a problemas sociales como las diferentes formas de crímenes y violencias interpersonales. Sin embargo, estas perspectivas resultaban muy insuficientes para abarcar la totalidad de situaciones conflictivas, pues multitud de relaciones de poder simplemente quedaban fuera de los objetos de análisis.

Para tratar de completar los estudios sobre la violencia, el sociólogo noruego Johan Galtung (1969) aplicó un marco teórico estructuralista para dar origen a una nueva escuela de pensamiento. Entre las aportaciones de Galtung destaca la idea del triángulo de la violencia, que distingue tres tipos: directa, cultural y estructural. Según esta visión, la paz no es solo ausencia de violencia entendida comúnmente como las acciones agresivas directas, la paz negativa según Galtung, sino que debe incluir también una situación de justicia social que daría lugar a una paz positiva. Aunque la definición de esta noción pueda ser objeto de disputa, la intención de quienes se adscriben a ella es el cumplimiento de una serie de condiciones que garanticen el bienestar de todo el mundo, aunque su contenido dependa del momento histórico y de la comunidad humana de que se trate, pues los estándares sociales son siempre relativos.

Poco tiempo después de presentar su concepción integral de la violencia, Galtung (1971) la aplica a las relaciones entre centros y periferias a través de su teoría estructural del imperialismo². Durante el imperialismo formal, es evidente que las metrópolis ejercen violencia sobre las colonias, tanto de formas directas como también estructurales. No obstante, las diferencias de poder de la era imperial se mantienen, pese a la independencia política de casi todos los territorios, debido a procesos como el intercambio desigual (Taylor y Flint, 2018). La violencia directa suele ser mayor en la periferia –aunque con excepciones, como determinadas ciudades estadounidenses–, mientras que la estructural se extiende por todo el sistema, pero con más beneficiarios en los centros.

El capitalismo mundial se sostiene precisamente en la violencia estructural, que a su vez es posible gracias a lo que Sharon Krause (2020) denomina “complicidad forzada”,

² La coincidencia con la terminología de los sistemas-mundo no es en realidad casual, pues ambos comparten la inspiración estructuralista.

el consentimiento implícito de suficientes personas con el suficiente poder como para evitar un derrumbe. No obstante, no todos apoyan de buena gana y por su propia iniciativa la reproducción del sistema porque resulten favorecidos, la mayoría simplemente es objeto de la dominación de sus propias élites económicas nacionales, que crea las condiciones para que sus intereses parezcan los del conjunto de la población. Krause piensa en su idea en relación con el medio ambiente, por lo que resulta una aportación muy pertinente para pensar en las relaciones de poder en el siglo XXI.

De igual manera, la ecología-mundo reinterpreta el capitalismo como una búsqueda de “naturaleza barata”³ para la reproducción ampliada del capital. Los mecanismos que el capital emplea para mantener o reducir los costes son la explotación y la apropiación, ambos con profundas implicaciones violentas tanto directas como estructurales. La explotación ha sido denunciada por la izquierda y el ecologismo tradicionales cuando se refiere al trabajo y la naturaleza por medio de los conceptos de plusvalía y deterioro ecológico, respectivamente. Sin embargo, Moore (2020) considera que la apropiación gratuita es lo que fomenta y posibilita la expansión del capitalismo, aunque haya sido obviada, ya que este sistema no podría garantizar una tasa de beneficio suficiente si tuviera que pagar por el valor de todos los bienes y servicios que utiliza. Por ello, el capital necesita recurrir a formas de violencia directa y estructural para apropiarse de, por ejemplo, territorios indígenas, la capacidad de absorción de gases de efecto invernadero por parte de la atmósfera y los océanos o el trabajo reproductivo y de cuidados feminizado.

La manifestación más patente del juego conjunto de explotación y apropiación seguramente sea la del extractivismo, el modelo socioeconómico de gran parte de la periferia consistente en la extracción y venta de recursos naturales valiosos para las economías industriales, que es donde se acumula la mayor proporción del valor. Alberto Acosta y Ulrich Brand (2017: 46-60) han identificado diecinueve “patologías del extractivismo”, que serían las distintas dimensiones de la violencia directa y estructural implícita en las actividades extractivas. A partir de estos problemas, Martínez Alier (2011) elabora su idea de los conflictos ecológicos distributivos, aquellos en los que la defensa de los recursos naturales contra intereses estatales o privados derivan en ejercicios de violencia directa. No obstante, la violencia estructural está muy presente en ellos como causa del malestar de los activistas medioambientales y los pueblos indígenas, ya que se trata de conflictos asimétricos en los que un grupo humano es explotado socioeconómicamente por otro (Galtung, 1969).

Los conflictos ecológicos distributivos están directamente relacionados con el ecologismo de los pobres, pues la motivación principal de sus protagonistas no es luchar contra el calentamiento global sino evitar la destrucción de su hábitat. Por lo tanto, no tienen su origen en la crisis climática, pero sí un fuerte componente medioambiental, y pueden intensificarse como consecuencia de las transiciones ecológicas y energéticas. La crisis climática constituye un cambio cualitativo en la implicación humana en la naturaleza difícilmente ignorable. Las previsible carencias materiales añaden presión a la violencia estructural existente, pudiendo también desencadenar como respuesta –o como reacción para mantener una determinada jerarquía– formas de violencia directa.

³ Similar al concepto económico de factores de producción, pero Moore (2020) desarrolla las interdependencias entre “cuatro baratos”: trabajo, alimentos, energía y resto de materias primas.

A diferencia de otros enfoques sobre las implicaciones sociales de las desigualdades – ecológicas o generales–, los anteriores evitan la victimización de quienes sufren violencia. Aunque no vean satisfechas algunas de sus necesidades más básicas y sus capacidades estén mermadas por la violencia estructural, estos también son actores sociales. Además, permiten la reivindicación del conflicto, demonizado sin matices en las teorías hegemónicas, para hacer frente a la injusticia social. En este sentido, se toma la visión agonista de la filósofa política Chantal Mouffe (1999), que defiende un ensanchamiento de la democracia a través de la politización conflictiva de los problemas. Para Mouffe, la clave es canalizar el enfrentamiento social hacia la confrontación discursiva respetando las reglas del juego, lo que puede tener sentido para los sistemas representativos formalmente democráticos pero no para los autocráticos. En estos, en la mayoría de los casos la violencia de los subalternos es un acto de defensa que pretende politizar una situación injusta.

En cualquier caso, la experiencia revela que no hay una relación causal directa entre agravios sociales –ni de origen ecológico ni de ningún otro– y conflictividad social, sino que debe intermediar una construcción discursiva. Ni siquiera la interdependencia de la realidad social y su componente medioambiental ha sido muy tenida en cuenta a lo largo de la historia, lo que obliga a adoptar un enfoque postestructural para el análisis de las respuestas a la violencia que no es incompatible con el estructuralismo de Galtung ceñido a la explicación de la propia violencia. La interpretación de los fenómenos climáticos, junto con la identificación de responsabilidades y soluciones, es imprescindible para que un conflicto tenga lugar, y además orientará su dirección⁴. Como prueba de la relevancia del lenguaje, George Lakoff (2010: 71) explicó cómo la preferencia política por la expresión “cambio climático” fue impulsada por Frank Luntz, un consejero del presidente George W. Bush, debido a la connotación neutral de la palabra cambio, que es más fácilmente asociable a los ciclos naturales del planeta. El acorralamiento intelectual del negacionismo climático no impide que formaciones políticas, medios de comunicación y asociaciones de todo tipo que siguen relativizando las amenazas mantengan su fuerza como actores sociales y políticos, pues su discurso sigue bloqueando o ralentizando la acción climática.

Los conflictos ecológicos distributivos se extienden por todo el planeta (Temper *et al.*, 2020), pero la reconstrucción historiográfica posterior de un posible caso, con todos los datos disponibles, no debe asumir que los protagonistas contaban con esa información. De hecho, se trata de la parte fundamental, porque en muchos casos las condiciones climáticas son igual de negativas en distintos momentos y lugares donde no tienen consecuencias sociales. Un mismo suceso puede ser comprendido de diferentes maneras en función de los marcos y códigos que se empleen. Es lo que sucede, por ejemplo, con las movilizaciones humanas inducidas tanto por la pobreza y los conflictos bélicos como ahora también a causa de factores ambientales. La mayoría de las migraciones se producen internamente en la periferia, pero los discursos a favor de una mayor securitización se están extendiendo por el centro (Hartmann, 2010; Boas *et al.*, 2019; Klepp y Fröhlich, 2020), propagando –intencionadamente o no– ideas distorsionadas sobre el tema⁵. Las consecuencias de las narrativas de securitización son las mismas que si en realidad se estuviera produciendo una movilización masiva, el ascenso de la

⁴ El propio Galtung (1969) señala que un desastre natural puede ser inevitable pero su impacto social diferenciado a causa de la violencia estructural.

⁵ Concretamente, respecto a la comunidad musulmana, en todos los países europeos se exagera su porcentaje sobre la población total (Statista, 2016).

ultraderecha por una percepción generalizada de inseguridad extendida por determinados proyectos políticos que no se corresponde con las estadísticas oficiales.

EN BUSCA DE UN PARADIGMA PARA LA CRISIS CLIMÁTICA

Una vez se ha extendido mayoritariamente la aceptación del calentamiento del planeta como problema global, es el momento de poner el foco en sus impactos sociales. Como se ha desarrollado en el apartado anterior, la violencia estructural puede estar muy relacionada con la crisis climática, por lo que debe analizarse esta última con las herramientas teóricas de los estudios sobre paz y conflictos. Debido a su carácter interdisciplinar, existen trabajos desde la antropología, la sociología, la ciencia política, la economía, la geografía...; que ponen el foco en asuntos variados como las consecuencias directas de fenómenos meteorológicos extremos, los conflictos ecológicos distributivos y las políticas de mitigación o de adaptación; con perspectivas tan diferentes como la justicia climática y la securitización; examinando los problemas desde diferentes escalas⁶; y con métodos propios como las entrevistas y la observación participante, análisis cuantitativos de múltiples casos o reflexiones teóricas (Hsiang y Burke, 2014; Salehyan, 2014; Klepp y Fröhlich, 2020).

Hay algún artículo que no ha visto relación entre clima y violencia (Gleditsch, 2012), pero la inmensa mayoría sí lo hacen, como se concluye a partir de los metaanálisis y los números especiales (Hsiang y Burke, 2014; Salehyan, 2014; Klepp y Fröhlich, 2020; Ide *et al.*, 2023). Hsiang y Burke (2014) han rastreado la implicación del clima en las respuestas humanas con datos desde el año 1900 para mostrar una presunta correlación inequívoca. Esta conexión resulta evidente para muchos autores, aunque no se hayan trazado de manera inequívoca las relaciones entre todos los factores que intervienen (Hsiang y Burke, 2014; Salehyan, 2014). Incluso a nivel social y político ya se percibe una fuerte relación, como manifestó el anterior secretario general de la Organización de Naciones Unidas (ONU), Ban Ki-Moon, al atribuir el origen del conflicto de Darfur⁷ a la presión demográfica, la escasez de recursos y el cambio climático (Hartmann, 2010). Estos elementos conforman, según el geógrafo Christian Parenti (2011, 7), una “convergencia catastrófica” de factores socioeconómicos y ecológicos desestabilizadores. Parenti identifica en su libro causas similares en numerosos lugares en los que se desencadenó alguna forma de violencia colectiva a finales del siglo XX o principios del XXI, como Kenia, Somalia, Afganistán, India, Brasil o México.

Tanto él como otros autores han apuntado también la posibilidad de que estos rasgos⁸ hayan estado presentes en la Primavera Árabe en general (Malm, 2014; Parenti, 2016) y en la guerra civil siria en particular (Kelley *et al.*, 2015). La geografía de esta nueva violencia de la crisis climática se da, por el momento, principalmente en la zona ecuatorial, entre los trópicos de Cáncer y de Capricornio (Hsiang y Burke, 2014), por lo que Parenti (2011) la denomina “trópico del caos”. En este espacio se concentran los

⁶ Local, regional, nacional, global... Tanto cualitativa como cuantitativamente no es lo mismo un conflicto interpersonal, familiar o de carácter privado local, que otro de las dimensiones de una guerra civil o interestatal.

⁷ Un conflicto militar en la zona occidental de Sudán de carácter étnico que comenzó en el año 2003.

⁸ Una sequía que impacta en la agricultura, encarece los alimentos y provoca un éxodo rural de gente sin empleo en los barrios marginales de las grandes ciudades en busca de trabajos precarios cada vez más devaluados.

países más pobres del mundo y las zonas más afectadas por los fenómenos meteorológicos extremos y la escasez de recursos, pese a que precisamente la periferia es la región menos responsable de la crisis climática (Klein, 2015; Klepp y Fröhlich, 2020). Se pueden mencionar artículos de investigación más actualizados que el trabajo de Parenti sobre violencia y conflictos en el contexto de la crisis climática en Asia (Hsiang y Burke, 2014; Salehyan, 2014; Kelley *et al.*, 2015; Temper *et al.*, 2020; Von Uexkull y Buhaug, 2021), África (Hartmann, 2010; Hsiang y Burke, 2014; Salehyan, 2014; Malm, 2014; Von Uexkull y Buhaug, 2021; Ide *et al.*, 2023) y, en mucha menor cantidad, América Latina (Novillo Rameix, 2018; Santos *et al.*, 2022) y Oceanía (Klepp y Fröhlich, 2020; Miñarro Yanini, 2020).

Las dificultades para la satisfacción de las necesidades básicas erosionan la legitimidad de los Estados, abriendo la puerta a actores violentos no estatales (Gordon, 2023), que encuentran menos obstáculos para su penetración en la periferia (Hsiang y Burke, 2014). El desigual patrón geográfico de la violencia ambiental se manifiesta igualmente en los conflictos ecológicos distributivos, no solo contra la extracción y explotación de combustibles fósiles, sino también frente a las alternativas bajas en carbono (Temper *et al.*, 2020). Las transiciones energéticas aumentan la presión sobre determinados territorios, comunidades y recursos naturales, intensificando así el neocolonialismo en una nueva forma que algunos denominan climática, extendiendo la idea de zonas sacrificadas para añadirles el componente verde de los nuevos pactos (Zografos y Robbins, 2020) y sin que se pueda descartar la posibilidad de guerras abiertas entre Estados por su control. En la mayoría de los casos, los protagonistas de los conflictos actúan en defensa propia, de su grupo social, su territorio y sus recursos ante las agresiones de los Estados o empresas extractivas, aunque sus acciones tengan forma de sabotajes y atentados contra las infraestructuras e incluso personas, como en el delta del Níger, Nigeria, o en las minas de cobre de Bougainville, Papúa Nueva Guinea (Gordon, 2023).

El trópico del caos de Parenti está también muy relacionado con la emergencia de refugiados climáticos. Algunas proyecciones estiman que para 2050 habrá hasta 150 millones de refugiados, un buen número de los cuales encajarán en la etiqueta de “refugiados climáticos” o “medioambientales” (Berchin *et al.*, 2017: 147-149), incluidos la totalidad de los habitantes de numerosas islas que apenas superan la altura actual del nivel del mar. En este sentido, se ha creado un precedente a partir del ciudadano de Kiribati que denunció a Nueva Zelanda hasta el Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, perdiendo el caso pero abriendo la sentencia la puerta a su posible reconocimiento futuro (Miñarro Yanini, 2020). Si fuera así, el caos generado en la periferia terminaría llegando realmente al centro, aunque como se adelantaba este fenómeno ya está teniendo lugar por anticipado debido al alarmismo de las narrativas de securitización, pese a que los desplazamientos internos son mucho más numerosos, como demuestra el caso de Siria (Kelley *et al.*, 2015).

El rechazo a una inmigración que no dejaría de aumentar por razones directa o indirectamente ambientales⁹, está derivando en una tendencia al aumento de las respuestas racistas y de las políticas de extrema derecha, como la institucionalización del estado de excepción en los controles fronterizos (Parenti, 2011; Serratos, 2020) o incluso la perpetración de atentados terroristas. En 2019, los terroristas de El Paso –Texas–

⁹ Procedentes de zonas ecológicamente deterioradas que no pueden soportar el crecimiento demográfico, o exiliados de los conflictos que se generen como consecuencia del extractivismo.

(Serratos, 2020) y Christchurch –Nueva Zelanda– (Klein, 2019) actuaron movidos por un neomalthusianismo reinterpretado desde una visión ecofascista que les empujó a acabar con la vida de la mayor cantidad de personas racializadas¹⁰ posible para, según ellos mismos, aliviar la presión sobre el estilo de vida de la población nacional. Frente a esto, la asignación de la categoría de terrorismo climático a los activistas de *Extinction Rebellion* por sus acciones simbólicas constituye un ejercicio de violencia institucional.

Las respuestas reaccionarias en el centro, como los movimientos antiinmigración, están por lo tanto relacionados con la crisis climática, pero también indudablemente con el descontento social, que en ocasiones se traduce en una guerra del penúltimo contra el último. A diferencia de la creencia social generalizada, la violencia individual y la conflictividad social dentro de una comunidad no dependen del nivel de desarrollo o renta en términos absolutos, sino de la igualdad, reafirmando el carácter relativo de la justicia social defendido por Galtung (1969). La desigualdad implica tanto una propensión a una amplia variedad de problemas sociales, entre los que se incluyen actos de violencia directa y estructural (Wilkinson y Pickett, 2009), como un mayor impacto ambiental necesario para satisfacer las necesidades humanas (Milward-Hopkins, 2022), lo que indirectamente redundaría en los anteriores. Esta violencia estructural también es lo que explica unos mayores índices de criminalidad y de conflictividad social en Estados Unidos con respecto a otros países centrales (Wilkinson y Pickett, 2009).

La desigualdad social como problema general tiene también su conceptualización ecológica; es decir, se puede explicar a través de la interrelación naturaleza-sociedad, como sucede con algunos de los términos mencionados anteriormente como (in)justicia ambiental, intercambio –ecológico– desigual o zonas de sacrificio –verdes–. Estas son distintas formas de violencia que buscan abaratar la naturaleza –humana y extrahumana– para garantizar la reproducción ampliada del capital. Como se extrae de Galtung (1969), esa violencia, cuando no es directamente visible, es estructural. Como ejemplo más extremo, Douglas Rushkoff (2023) describe cómo determinadas élites económicas se están preparando tecnológicamente para conservar sus privilegios cuando las condiciones para el bienestar generalizado en los países centrales desaparezcan, anticipándose a las previsibles revueltas sociales.

Aunque la escasez de alimentos como consecuencia del calentamiento global puede desencadenar movimientos revolucionarios de inspiración democrática como la Primavera Árabe, hasta el momento ha resultado más probable que acabe derivando en autoritarismos (Malm, 2014). La crisis socioecológica también puede conducir a situaciones positivas, como las comunidades que surgen del desastre allí donde existen lazos sociales previos que acertadamente describe Rebecca Solnit (2020), quien pone de ejemplo la destrucción de Nueva Orleans durante el huracán Katrina en 2005 o el confinamiento provocado por el covid-19. Sin embargo, la gravedad de las amenazas climáticas obliga a considerar con mayor atención los escenarios negativos.

Las visiones más reconocidas convergen en considerar la crisis climática un factor importante, aunque nunca exclusivo o determinante, de la violencia en el siglo XXI, si bien cada una contiene sus particularidades. El reconocimiento de la influencia en realidad solo es el primer paso, después quedan muchas cuestiones por resolver: por ejemplo, si la relación entre temperaturas o precipitaciones es positiva o negativa con la

¹⁰ Mexicanos y otros latinoamericanos en el primer caso y musulmanes en el segundo.

probabilidad de estallido de conflictos¹¹. Los anteriores son indicadores primarios que sirven como mediaciones de otros que afectan profundamente las condiciones de vida de los seres humanos, como la disponibilidad de agua dulce, la producción agrícola o la extensión de enfermedades. Tal vez los precios de los productos básicos pueden ser un factor mediador de la violencia climática en un lugar y momento dados, mientras que en otros casos influyen más los salarios o el desempleo¹², ante la falta de una teoría omnicomprendensiva de los conflictos ambientales (Hsiang y Burke, 2014; Salehyan, 2014; Kelley *et al.*, 2015). En la mayoría de los casos estaríamos hablando de la posibilidad de satisfacer necesidades básicas a través del consumo, que depende de la capacidad adquisitiva, la relación entre ingresos y precios o costes. Estos últimos dependen de la consecución de naturaleza barata, con consecuencias violentas directas y/o estructurales sobre otros territorios y personas, por lo que la introducción de la dimensión ecológica muestra cómo estamos tratando con una infinidad de variables interdependientes a lo largo del planeta.

Por lo tanto, el calentamiento global nunca será una causa única o suficiente para un conflicto social, pero sí está empezando a aparecer de manera habitual como uno de sus ingredientes. Los factores ambientales, además de causas primigenias de muchos malestares, se pueden convertir en los detonantes, la gota que colme el vaso y active bucles de retroalimentación positivos¹³. Como posible potenciador decisivo de otros problemas latentes, la crisis climática interactúa con una injusticia social percibida como intolerable, diferencias étnicas y religiosas o la memoria de conflictos previos (Hsiang y Burke, 2014; Kelley *et al.*, 2015; Klepp y Fröhlich, 2020).

CONCLUSIONES

Es imposible abarcar la totalidad de posibilidades de violencia y conflictos relacionados de alguna manera con la crisis climática, ni se pretendía hacerlo en esta comunicación. Con la revisión no exhaustiva efectuada, aunque haya que tener cautela porque no se han desentrañado todos los mecanismos causales, es evidente que la crisis climática está asociada de alguna manera al estallido de conflictos. Por ello, la pregunta principal no debe ser si existe relación entre calentamiento global y violencia, sino las escalas, plazos y formas que puede adoptar. La disputa que subyace es determinar hasta qué punto interviene en la realidad y cómo debe incorporarse en los análisis la dimensión ecológica. La discrepancia acerca de la influencia de la naturaleza en las sociedades humanas guarda semejanzas con el clásico debate marxista entre estructura y agencia. Como se ha presentado, la mayoría de los análisis en ciencias sociales no tienen en cuenta la variable ambiental en general, y en consecuencia tampoco como un factor de la violencia, y entre los que sí lo hacen algunos se van al extremo del determinismo, pues no es fácil pero sí necesario encontrar un punto medio en las investigaciones académicas (Cairo, 2013; Ide *et al.*, 2023). El déficit histórico de las ciencias sociales con respecto a los factores ambientales no debe compensarse ahora por exceso, porque si se exagera la importancia de la crisis climática en la violencia del siglo XXI, se transmite una sensación

¹¹ Hsiang y Burke (2014) han encontrado incluso una causalidad directa generalizada entre altas temperaturas y violencia, pero otros autores dudan de esa posibilidad (Salehyan, 2014).

¹² Si bien, siguiendo a Moore (2020), se pueden establecer las relaciones entre unos y otros elementos de la naturaleza barata.

¹³ En el sentido de que las causas se autopotencian con el paso del tiempo, no que sea algo bueno.

de desproporción contraproducente, mientras que si se minimiza se renuncia a la oportunidad de luchar por mitigar sus efectos.

El reconocimiento de la influencia de la crisis climática en los conflictos sociales tiene implicaciones obvias en el nivel de la experiencia humana, pero también en la escala nacional a través de las demandas ciudadanas a los Estados para proporcionar bienestar y seguridad, y también en el ámbito global en un marco de relaciones centro-periferia. Solo a través de su estudio se puede avanzar en las posibilidades de alcanzar la paz, no solo negativa sino también positiva. Por ello, el objetivo de estas corrientes no debe ser tanto reinterpretar acontecimientos históricos, aunque pueda tener interés académico, como extraer lecciones para los desafíos actuales y futuros. Está en juego si la crisis climática va a traducirse en escenarios como los que dibuja la colapsología, guerras mundiales desde un punto de vista realista para apropiarse de recursos que eviten la escasez, o al menos en un planeta con mayor presencia de violencia directa y estructural. Las tendencias apuntan en esa dirección distópica, pero siempre queda espacio para la acción humana. No obstante, lo que producirá consecuencias sociales no es la crisis climática por sí misma, sino las interpretaciones que se impongan al respecto. Frente a las soluciones del tipo “sálvese quien pueda”, las transiciones ecológicas deben hacer frente a la injusticia social para reducir la violencia estructural con la misma intensidad con la que se afronta la directa, tanto en las escalas local y nacional como a nivel internacional.

Por último, en cuanto a la distribución geográfica de los conflictos, puede ser de interés para muchos en este grupo de trabajo que América Latina haya sido la región periférica menos estudiada. Por otro lado, los impactos en el centro del sistema –Europa, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Japón...– deben recibir más atención, pero huyendo de las perspectivas securitizadoras o que se limitan a la violencia directa, para lo que la visión estructural de Galtung resulta imprescindible.

Referencias

- Acosta, Alberto y Ulrich Brand. 2017. *Salidas del laberinto capitalista: Decrecimiento y postextractivismo*. Barcelona: Icaria.
- Agnew, John A. 2005. *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial.
- Bardi, Ugo. 2022. *Antes del colapso: una guía para el otro lado del crecimiento*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Berchin, Issa Ibrahim, Isabela Blasi Valduga, Jéssica Garcia y José Baltazar Salgueirinho Osório de Andrade Guerra. 2017. “Climate change and forced migrations: An effort towards recognizing climate refugees”, *Geoforum*, 84: 147-150. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2017.06.022>
- Biehl, Janet y Peter Staudenmaier. 2019. *Ecofascismo: Lecciones sobre la experiencia alemana*. Barcelona: Virus.
- Boas, Ingrid, Carol Farbotko, Helen Adams, Harald Sterly, Simon Bush, Kees van der Geest, Hanne Wiegel, Hasan Ashraf, Andrew Baldwin, Giovanni Bettini, Suzy Blondin, Mirjam de Bruijn, David Durand-Delacré, Christiane Fröhlich, Giovanna

- Gioli, Lucia Guaita, Elodie Hut, Francis X. Jarawura, Machiel Lamers, Samuel Lietaer, Sarah L. Nash, Etienne Piguet, Delf Rothe, Patrick Sakdapolrak, Lothar Smith, Basundhara Tripathy Furlong, Ethemcan Turhan, Jeroen Warner, Caroline Zickgraf, Richard Black y Mike Hulme. “Climate migration myths”, *Nature Climate Change*, 9: 901-903. <https://doi.org/10.1038/s41558-019-0633-3>
- Bullard, Robert D. 2001. “Environmental Justice in the 21st Century: Race Still Matters”, *Phylon*, 49 (3/4): 151-171.
- Cairo, Heriberto. 2013. “Espacio y política: Por una Teoría Política Situada”, *DADOS – Revista de Ciências Sociais*, 56 (4): 769-802.
- Diamond, Jared. 2006. *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Madrid: Debate.
- Foster, John Bellamy. 1999. “Marx's Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations for Environmental Sociology”, *The American Journal of Sociology*, 105 (2): 366-405.
- Galtung, Johan. 1969. “Violence, Peace, and Peace Research”, *Journal of Peace Research*, 6 (3): 167-191.
- Galtung, Johan. 1971. “A structural theory of imperialism”, *Journal of Peace Research*, 8: 81-117.
- Gleditsch, Nils Petter. 2012. “Whither the weather? Climate change and conflict”, *Journal of Peace Research*, 49 (1): 3-9. <https://doi.org/10.1177/0022343311431288>
- Gordon, Noah. 2023. “La violencia humana ante los límites del planeta”, en Francesc Fàbregues y Oriol Farrés (coords.), *Anuario Internacional CIDOB 2023*. Barcelona: Barcelona Centre for International Affairs.
- Hartmann, Betsy. 2010. “Rethinking climate refugees and climate conflict: rhetoric, reality and the politics of policy discourse”, *Journal of International Development*, 22: 233-246. <https://doi.org/10.1002/jid.1676>
- Hsiang, Solomon M. y Marshall Burke. 2014. “Climate, conflict, and social stability: what does the evidence say?”, *Climatic Change*, 123: 39–55. <https://doi.org/10.1007/s10584-013-0868-3>
- Ide, Tobias, McKenzie F. Johnson, Jon Barnett, Florian Krampe, Philippe Le Billon, Lucile Maertens, Nina von Uexkull e Irene Vélez-Torres. 2023. “The Future of Environmental Peace and Conflict Research”, *Environmental Politics*, 32 (6): 1077-1103. <https://doi.org/10.1080/09644016.2022.2156174>
- Kelley, Colin P., Shahrzad Mohtadi, Mark A. Cane, Richard Seager y Yochanan Kushnir. 2015. “Climate Change in the Fertile Crescent and implications of the recent Syrian drought”, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America (PNAS)*, 112 (1): 3241-3246. <https://doi.org/10.1073/pnas.1421533112>
- Klein, Naomi. 2015. *Esto lo cambia todo: el capitalismo contra el clima*. Barcelona: Paidós.
- Klein, Naomi. 2019. *On Fire: The Burning Case for A Green New Deal*. Toronto: Knopf Canada.

- Klepp, Silja y Christiane Fröhlich. 2020. "Migration and Conflict in a Global Warming Era: A Political Understanding of Climate Change", *Social Sciences*, 9 (5): 1-9 (78). <https://doi.org/10.3390/socsci9050078>
- Krause, Sharon R. 2020. "Environmental Domination", *Political Theory*, 48 (4): 443-468. <https://doi.org/10.1177/0090591719890833>
- Lakoff, George. 2010. "Why it Matters How We Frame the Environment", *Environmental Communication*, 4 (1): 70-81. <https://doi.org/10.1080/17524030903529749>
- Malm, Andreas. 2014. "Tahrir Submerged? Five Theses on Revolution in the Era of Climate Change", *Capitalism, Nature, Socialism*, 25 (3): 28-44. <http://dx.doi.org/10.1080/10455752.2014.891629>
- Martínez Alier, Joan. 2011. *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.
- Milward-Hopkins, Joel. 2022. "Inequality can double the energy required to secure universal decent living", *Nature Communications*, 13: 1-9 (5028). <https://doi.org/10.1038/s41467-022-32729-8>
- Miñarro Yanini, Margarita. 2020. "Hacia una transición ecológica justa en el ámbito de las relaciones de trabajo y la inmigración", *Revista de Trabajo y Seguridad Social. CEF*, 451: 5-17.
- Moore, Jason W. 2020. *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Mouffe, Chantal. 1999. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Novillo Rameix, Nathalia. 2018. "Cambio climático y conflictos socioambientales en ciudades intermedias de América Latina y el Caribe", *Letras Verdes, Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales*, 24: 124-142. <https://doi.org/10.17141/letrasverdes.24.2018.3323>
- Parenti, Christian. 2011. *Tropic of Chaos: Climate Change and the New Geography of Violence*. Nueva York: Bold Type Books.
- Parenti, Christian. 2016. The Coming Refugee Crisis. *Jacobin*. Disponible en web: <https://jacobin.com/2016/01/refugees-europe-merkel-germany-migrants-france-emergency> [Consulta: 19 de marzo de 2024]
- Raworth, Kate. 2018. *Economía rosquilla: siete maneras de pensar como un economista del siglo XXI*. Barcelona: Paidós.
- Rushkoff, Douglas. 2023. *La supervivencia de los más ricos: fantasías escapistas de los multimillonarios tecnológicos*. Madrid: Capitán Swing.
- Sacher, William. 2019. "Naturalismo moderno y corrientes del ecologismo", *Ecología Política: Cuadernos de Debate Internacional*, 58: 10-18.
- Saito, Kohei. 2022. *El capital en la era del Antropoceno*. Barcelona: Ediciones B.

- Salehyan, Idean. 2014. "Climate change and conflict: Making sense of disparate findings", *Political Geography*, 43: 1-5. <http://dx.doi.org/10.1016/j.polgeo.2014.10.004>
- Santos, Thauan, Cesar C. B. Martins, Gabriela Schneider, Brenno Hochwart y Beatriz Triani. 2022. "On the Intersection of International Security, Defense, and Climate Change in Latin America and the Caribbean", *Brazilian Journal of International Relations*, 11 (2): 282-308. <https://doi.org/10.36311/2237-7743.2022.v11n2.p282-308>
- Serratos, Francisco. 2020. "La frontera de México y Estados Unidos como un proyecto ecofascista", *Ecología Política: Cuadernos de Debate Internacional*, 59: 84-88.
- Servigne, Pablo y Raphael Stevens. 2020. *Colapsología*. Barcelona: Arpa Editores.
- Solnit, Rebecca. 2020. *Un paraíso en el infierno: Las extraordinarias comunidades que surgen en el desastre*. Madrid: Capitán Swing.
- Statista. 2016. Los europeos exageran el tamaño de la población musulmana. *Statista*. Disponible en web: <https://es.statista.com/grafico/7217/los-europeos-exageran-el-tamano-de-la-poblacion-musulmana/> [Consulta: 4 de junio de 2024]
- Tanuro, Daniel. 2011. *El imposible capitalismo verde: del vuelco climático capitalista a la alternativa ecosocialista*. Torrejón de Ardoz: La Oveja Roja.
- Taylor, Peter J. y Colin Flint. 2018. *Political Geography: World-Economy, Nation-State and Locality*. Londres: Routledge.
- Temper, Leah, Sofia Avila, Daniela Del Bene, Jennifer Gobby, Nicolas Kosoy, Philippe Le Billon, Joan Martínez-Alier, Patricia Perkins, Brototi Roy, Arnim Scheidel y Mariana Walter. 2020. "Movements shaping climate futures: A systematic mapping of protests against fossil fuel and low-carbon energy projects", *Environmental Research Letters*, 15 (12): 1-23 (123004). <https://doi.org/10.1088/1748-9326/abc197>
- Von Uexkull, Nina y Halvard Buhaug. 2021. "Security implications of climate change: A decade of scientific progress", *Journal of Peace Research*, 58 (1): 3-17. <https://doi.org/10.1177/0022343320984210>
- Wilkinson, Richard y Kate Pickett. 2009. *Desigualdad: Un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Madrid: Turner.
- Zografos, Christos y Paul Robbins. 2020. "Green Sacrifice Zones, or Why a Green New Deal Cannot Ignore the Cost Shifts of Just Transitions", *One Earth*, 3: 543-546. <https://doi.org/10.1016/j.oneear.2020.10.012>